

gráfica que, en punto a libros de texto, parece privilegio exclusivo de los americanos. Por manera que nos atrae y aficiona desde la cubierta, en que se ve a Colón «sorprendiendo a la virgen América en medio de sus tesoros», hasta la máxima de Martínez de la Rosa con que termina el libro:

«Siempre que puedas, haz bien,
Y no repares a quien».

Hay mucho de común entre Colón y estas palabras; y entre el libro de que se han tomado y éste que tenemos delante, también hay mucho de común, a nuestro parecer cuando menos. El *Libro de los Niños*, con que el célebre literato hizo el mayor servicio que podía hacer a su patria, es el más popular de España y el más leído en sus escuelas; y éste del laborioso profesor y escritor distinguido por sus vastos conocimientos pedagógicos, merece igual popularidad en las escuelas hispano-americanas.

Pero vengamos al análisis, y mostremos cuanto hay de bueno y recomendable en el trabajo del profesor Mantilla, y si este su Libro Primero excede a otros que, con igual o semejante título, suelen poner en manos de los niños nuestros maestros de primera enseñanza.

Empieza por el *Abecedario* con sus 27 letras, que son las que se cuentan en nuestra lengua, y reconoce la Academia Española; sin añadirle dos signos, como hizo el traductor del *Libro primario* de Mándevil, ni quitarle tres, o inventar alguna letra, como quería el ilustre escritor venezolano, cuya Gramática, por lo demás, y aparte de ciertos lunares, es un precioso libro. Nuestro abecedario es el mismo de la lengua latina, con más las tres letras *ch*, *ll*, *ñ*, que, aunque dobles en su forma, son signos de otras tantas articulaciones simples, y, por lo tanto, verdaderas consonantes simples. También son verdaderas letras en la escritura y lengua castellana, la *h*, la *q* y la *x*; por más que ésta sea *doble* y *aspirada* aquélla y la otra tenga cierto uso particular, como en toda lengua sucede con ciertas letras que a primera vista pare-

cen redundantes y luego, bien miradas, dejan ver claramente su razón de ser y la necesidad de conservarlas, si se ha de conservar la lengua y la escritura.

El señor Mantilla enseña, pues, la verdad respecto al abecedario castellano. Y eso que parece nada, tiene cierto mérito para nosotros, los que preferimos nuestra lengua a cualquier otra, para entendernos, siquiera, y hacernos entender; y también lo tiene, y no pequeño, donde tantos pretenden *independizarse*, como quien dice, en esto del idioma y escribirlo a su antojo, hasta que de tal manera lo hablen, que llegue a decir cualquiera de otro:

«Que si él habla la lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana».

Pero no basta la verdad: debe acompañar la belleza, o por mejor decir, la gracia, si hemos de entendernos con los niños, que son la misma gracia en cuerpo y alma. Y el autor así parece haberlo comprendido seguramente. Después del abecedario común, viene otro ilustrado con dos figuras para cada letra: la una, a la derecha de la página, representa un objeto cuyo nombre, repetido al medio en minúsculas y mayúsculas, tiene por inicial aquella letra que se ilustró; y la otra enlazada con la misma letra, que en tipo mayor se reproduce en la columna izquierda y cuyo nombre deberá repetir el niño. Este puede, bien guiado por un maestro hábil, no sólo divertirse con los grabados, sino formarse idea de las cosas; ejercitar desde luego su atención, percibir diferencias y analogías, comparar y relacionar, juzgar y razonar, mucho antes de saber teóricamente lo que es un raciocinio, un juicio o una idea.

El maestro que entienda su deber podrá sacar inmenso partido, aun de aquellas inteligencias más ligeras y distraídas, siguiendo el método racional claramente indicado por el profesor Mantilla en su libro, y antes practicado por él mismo y tantos otros buenos preceptores, con el éxito más feliz. En este abecedario hay todo un curso de enseñanza objetiva. El maestro que lo explique, haría mucho más por la educación intelectual de

las criaturas que tiene a su cuidado, que aquel que les hiciera aprender definiciones, ininteligibles por lo común, y absurdas a las veces, o decorar libros enteros que no suelen dejar en la mente más que palabras vanas y sin efecto alguno aun para la misma memoria.

Después de la letra, la sílaba: y en esta parte da evidentes muestras el autor de que conoce la teoría silábica, no sólo en nuestra lengua, sino en otras que contribuyen grandemente a esclarecer una materia que parece de todo en todo extraña a ciertos innovadores hispano-americanos. No confunde la *i* con la *y*, ni la *g* con la *j*, ni la *c* con la *z*, ni admite otros cambios, trastornos y ridículas aberraciones, con que tiran a destruir la prosodia y la ortografía castellana los que sin tomarse el trabajo de estudiar la acústica y mecánica de un idioma tan exacto en su escritura, y en su pronunciación tan delicado y armonioso, rompen las leyes físicas, y el compás y número musical en que se apoya su fonética y por donde su silabificación se rige.

Sólo encontramos un pequeño error en esta parte, y por errata de imprenta lo hubiéramos tomado, a no verlo constantemente repetido. En las sílabas aparecen juntas las dos *rr*, cual si fueran una sola letra, como la *ch*, o la *ll*; y en eso, si no es—como creemos—descuido del autor, también se contradice él mismo, puesto que en el abecedario no incluye semejante letra, y luego la trata como tal en la división de las sílabas. Por otro lado, el Profesor Mantilla sabe perfectamente por qué razón la *r* suena *erre* en principio de dicción, y *ere* en medio, si no precede *asimilada*; y por qué, de las dos que se hallen en medio de dicción, la primera ha de ser *quiescente*—como quien dice,—y *movida* la segunda. Bien entiende que en nuestro idioma, con más frecuencia que en hebreo, es la *r* una verdadera letra *daguesable*, y capaz de menor o mayor *condensación*, según esté al principio o en medio de palabra. También puede acudir al griego; y aquello de los *espíritus*, y la teoría silábica, y las leyes eufónicas, tan aplicables a nuestra lengua como a todas

las demás greco-latinas, le darán abundante luz sobre un punto en cuya fácil dificultad no pueden dar los hombres superficiales que andan a tientas, y a oscuras, alrededor del mismo.

Aparte de ese ligero descuido, que no dudamos se corrija en ulteriores ediciones, el autor expone rica variedad de ejemplos, oportunamente combinados, para que los niños puedan aprender el valor fónico de las letras, el corte de las sílabas y la acentuación de las palabras, distinguiendo el significado y sentido de éstas, en frases cortas, de fácil comprensión y perfecta sintaxis, al propio tiempo que acostumbran su oído a la cadencia prosódica, y su vista a la Ortografía castellana.

Sigue al tratado de las sílabas una serie de lecciones morales, en que se habla al corazón y a la inteligencia de los niños, se recrea su fantasía por medio del grabado y se despiertan y dirigen sus buenos sentimientos. Todo es útil y verdadero, todo bueno y hermoso en estos ejercicios de lectura, que sólo han podido escribirse por quien tenga un buen corazón, y ame la niñez hasta el punto de convertirse en niño para conversar con los niños; por quien tenga un ingenio fácil, y guste de la enseñanza hasta el punto de instruir jugando; por quien tenga un bello carácter, y todo el saber que se necesita para reprender y educar sin parecer un pedagogo.

Y esto nos parece que ha conseguido realizar el señor Mantilla, cuyo *Primer libro de lectura* vale, en nuestro concepto, por sí solo, más que toda la colección que suele usarse en nuestras escuelas.—Otro día veremos los restantes.

Diciembre de 1872,

Discurso

pronunciado con motivo de la apertura del curso académico de 1873, en el Colegio de Cartago, por el Dr. Ferraz, Director del establecimiento.

SEÑORES:

Muy grato y placentero es siempre para cualquier artista, y para sus amigos, darse cuenta del éxito de sus esperanzas y el resultado de sus trabajos, al terminar alguna obra en común ideada, y emprendida también y realizada en común,—ya que sólo bajo esta condición y comunidad de interés entre el obrero y sus amigos, pueden vivir las artes, y sobre todo las artes liberales y útiles a la vez, como es sin duda ésta de la educación y la enseñanza, produciendo algo duradero en la memoria de los hombres, y que eficazmente puede influir en su cultura y su progreso. Pero cuando no existe esa comunidad de interés, bien porque el artista no acierte a interpretar el gusto y particulares aficiones de su público, bien porque éste no se halle suficientemente educado para aquel arte; cuando la envidia y la calumnia, cediendo al propio instinto suyo como roedores sociales, tiran a romper, o siquiera debilitar y aflojar toda relación de aprecio, todo lazo de mutua consideración entre uno y otro; cuando por tan reprobados medios se consigue hacer sospechoso el uno para el otro, y al arte, siempre noble y educador, se le presenta como corruptor y mezquino, y al pueblo, siempre generoso y amante de todo progreso, se le concibe y representa como indigno de educación e incapaz de ver la luz de las ideas; entonces, digo que fácilmente puede comprenderse que el artista se desespere, y que, llegando hasta a desconfiar de sí mismo, y perder la fe en sus propios medios de acción, rompa los instrumentos del trabajo y abandone el ingrato ejercicio de sus más nobles facultades, y la sociedad de los hombres, por otro campo y otros ejercicios más saludables y serenos. Así un escritor ilustre, acaso el primero entre los historiadores del siglo, y sin disputa el primero entre los suyos, arrojó su pluma hecha pedazos a la frente del propio pueblo, el pueblo portugués, indigno, por la manera de recibirla, de la obra monumental que aquel grande obrero del progreso quiso erigir a las glorias de su nación y a la patria literatura. ¡Tan desdichado se mostró ese pueblo, y sus conductores tan ignorantes, que satisfechos de sus vetustas crónicas y leyendas ridículas, no consintieron en leer su verdadera historia, ni la dejaron escribir!

Al daros cuenta en la presente ocasión, grave y solemne para mí, del éxito de nuestros trabajos en este Colegio durante el pasado curso académico, no puedo menos de referirme a la *Gaceta Oficial* de 25 de noviembre último, y al primer número de *La Enseñanza*, revista de cuya redacción ha tenido la bondad de encargarme el Gobierno de la República. Las apreciaciones que se hacen en el periódico oficial por autoridades competentes, y los datos que en nuestra Revista se consignan con toda distinción y claridad, pueden bastar a quien quiera considerarlos y estudiarlos (y aun compararlos con los que arroje el estado de la enseñanza en cualquier otro instituto del país, cualesquiera que sean sus pretensiones científicas), para convencerse plenamente de que este nuestro, con ser un simple Colegio de Segunda Enseñanza, ofrece muy ventajosos resultados, ya por el número de alumnos y asignaturas, ya por el orden racional en que éstas son expuestas y desarrolladas, ya por el éxito de sus exámenes y grados, ya finalmente, y esto es digno de considerarse también, por las condiciones económicas del establecimiento.

Y no hay, seguramente, por qué extrañar tan ventajosos resultados, ni ellos constituyen un mérito especial en los profesores que aquí trabajan por la educación de la juventud, más que en provecho propio, en bien de la República, como fácilmente pudiera demostrarse. Trabajan once meses cada año, trabajan todos los días de la semana sin exceptuar los días de feria, que en las demás escuelas del país vienen a formar al cabo del año académico, unos dos meses de vacaciones, sobre las ordinarias de Reglamento; trabajan, sobre todo, con sujeción a un plan, que será más o menos científico, más o menos acertado, pero al fin, es un plan que tiene algo siquiera de común con los planes de enseñanza que rigen donde esta clase de establecimientos se hallan mejor organizados. ¿Qué mucho, pues, que a pesar de nuestra insuficiencia particular, y la escasez de nuestras fuerzas, aisladamente consideradas, juntas todas y dirigidas a un mismo fin, den una resultante apreciable y produzcan el efecto apetecido?

No hay duda, señores, sino que éste sería más ventajoso, pero inmensamente más ventajoso, si extrañas fuerzas contrarias no anulasen en parte las nuestras, por una ley de todos bien conocida, y tan aplicable a las cosas espirituales como a las otras en que la mecánica se ocupa. Y como quiera que convenga a todos, y por cierto que no tanto a nosotros como a vosotros mismos, destruir semejantes fuerzas repulsivas o cuando menos perturbadoras del movimiento progresivo, así en esta máquina de la instrucción pública, como en todo aquello que trae consigo vuestro público y particular adelanto, séame permitido aquí determinar las principales, y más gravemente ofensivas: si no con la esperanza de que luego al punto queden anuladas, en la firme seguridad de que cumplo en ello con mi deber, cuando algo útil y provechoso entiendo que ha de

decirse, algo que mire al bien común y tienda positivamente a la propagación de la verdad.

Porque este es el fin propio de la enseñanza, la defensa y propagación de la verdad; y a esto se encamina la educación considerada en su más amplio sentido y en todas sus relaciones posibles: verdad científica en la cultura intelectual; verdad en las relaciones de hombre a hombre y del hombre con Dios, en la cultura moral y religiosa; verdad de sentimientos y afectos en la educación artística, que en cierto modo las comprende todas, porque el hombre es el artista de su vida, y la belleza que ha de realizar en su conducta y costumbres es como el resplandor de todo lo bueno y verdadero.

De aquí precisamente la primera oposición, la primera fuerza contraria al movimiento progresivo de la enseñanza, es a saber, la resistencia: cosa necesaria en verdad, pues que sin ella no concebimos movimiento alguno, pero cosa también que ha de vencerse; y no con esa inactiva parsimonia que tanto se asemeja en los pueblos de nuestra raza a la resignación del islamita, sino a fuerza de perseverancia y de ingenio; que por algo se llamó así en nuestra lengua toda máquina, y toda máquina es algo que mueve y ayuda nuestras fuerzas para vencer alguna resistencia. Tiene ésta un nombre más determinado en el terreno de la instrucción pública, y es aquel primitivo estado de ignorancia en que todos nacemos, y el error en que tan fácilmente incurrimos, cuando una temprana cultura no prepara nuestra inteligencia para la verdad. Y en tal estado, es nuestra condición tan mezquina y verdaderamente lastimosa, que satisfechos con los propios errores, y hasta rindiendo miserable culto a estos «ídolos intelectuales», como dice Bacon, la verdad nos escandaliza, y aun compadecemos como a insensato a quien se atreve a predicarla, ¡cuando no le tengamos por un perverso y un corruptor de nuestras costumbres!

¿Y qué podéis hacer vosotros contra esa resistencia? Podéis hacerlo todo, señores. Porque vosotros comprendéis perfectamente los bienes que a la República proporciona esta educación liberal, que vosotros mismos habéis creado con conocimiento de causa, y sabiendo lo que hacíais, como es de suponer; y acaso, acaso, vosotros mismos no podríais destruirla, aunque por imposible, que también lo imposible puede suponerse, alguien lo pretendiera entre vosotros. Es justicia que os debo, y no lisonja enteramente ajena a mi carácter.

Mas tenemos otra fuerza contraria, hija legítima de la anterior, pero aún más ciega y más terrible; y es aquella superstición que atormenta en este orden de cosas, como en otras a otros desdichados, a los que habiendo recibido cierta educación limitada y convencional, más propia de otros tiempos y de otra vida, que la del ciudadano en una república, temen con aparente sencillez por el corazón de los niños; por más que a una sólida y verdadera cultura intelectual se junte aquí, con tanta autoridad, y acaso más garantías

de acierto que en muchos institutos aparentemente más religiosos, una verdadera y sólida cultura moral y religiosa. Y es ciertamente indigno de hombres serios, no ya sólo temer sobre este punto, que tengo por capitalísimo en la educación y enseñanza liberal, sino aun deslizar como apariencias de una duda, que (lo diré sin rodeos) más de una vez me ha hecho dudar de que realmente se abrigue, y de que todo ello no envuelva segundas e interesadas intenciones, para traer a este país, y entregar la educación de la juventud que es su más bella esperanza, a gentes que nunca vendrán.

Es, por lo tanto, necesario, absolutamente necesario, que semejante contrariedad desaparezca, dando con ello nuevas fuerzas al progreso intelectual y moral de este país. Si esos supersticiosos temores tienen algo de realidad en quien los manifiesta, bien pueden los hombres liberales y amantes de la luz sacar de las tinieblas a esos sus hermanos, y enderezar valerosa y caritativamente sus torcidos caminos; y si todo fuere apariencia y fingimientos, nada más fácil que arrancar la máscara de la hipocresía y azotar a todo menguado hipócrita con el suave látigo moral del ridículo que merece. Pues qué! ¿valía la pena de construir laboriosamente un edificio, crear un instituto de enseñanza, gastar en todo ello sumas considerables, para luego enojarse por cortesía más o menos, como aquellos quisquillosos señores de capa y espada; y dando sencillamente oídos a la malicia despechada, y entrando aun sin echarlo de ver, en cierto espíritu de retroceso, que vosotros mismos significáis con el nuevo, expresivo nombre de *colonialaje*, dar también con todo esto en tierra, por dar gusto a necias pretensiones? No; que vuestras palabras, que vuestros hechos, vuestras determinaciones recientes, bien claro significan que habéis triunfado de vuestras pasiones, de vuestros mayores enemigos, y que podéis vencer a todos los que lo sean de la ilustración y del progreso.

Otro de aquellos enemigos, y es el último que he de nombrar aquí, es como un revuelto y tempestuoso torbellino, conjunto de todos los males antes indicados, con otros muchos a esos adherentes, y todos los demás que de continuo entorpecen, por donde quiera, el movimiento intelectual y la propagación de las luces; quiero decir la ambición: pero no la ambición como se quiera, sino aquella que, si no me engaño, llamáis *aspirantismo*, y que es por cierto la más dañosa y detestable de todas cuantas ambiciones puedan atormentar el corazón humano. ¿Y cómo, se dirá tal vez, cómo esa pasión podrá oponerse al progreso de la enseñanza, si el que a más aspira más blasona de liberal y amigo de la ilustración? ¿Cómo? Teniendo miedo a una enseñanza que instintivamente saben que es muy superior a la suya; miedo a una juventud más contraída hoy a los trabajos intelectuales, y en breve más ilustrada, más fuerte, más poderosa que los desheredados de lo antiguo por llegar un poco tarde a la vida, y de lo nuevo, por haber llegado un poco más temprano

que éstos que aún pueden frecuentar los nuevos estudios. Nada más miedoso y asustadizo que esa mala ambición. Y en tanto que la noble y generosa ambición nada teme, y hasta «se ríe de la muerte», esa otra de que aquí se habla, y es propiamente una caricatura de la verdadera ambición, teme por todo, y sobre todo, teme con seguro instinto la competencia que bien pronto le haría una juventud regularmente instruída en aquellas artes y ciencias que hoy forman la educación general en los países más civilizados del mundo, y con los cuales entra ya en contacto esta república.

Y esta última circunstancia, debe ciertamente obligar a todos a entrar de lleno en la realidad de las cosas, y dejarse de nombres inútiles en sí mismos, porque a nada conducen no teniendo sentido alguno universal. Que cuando uno vive en su casa, y a puertas cerradas, llame las cosas como guste, bien está, si así logra entenderse con los suyos; pero a puertas abiertas, a comunicación y libre plática, por decirlo así, con el mundo entero, precisa entender aquí las cosas como en todo el mundo, o anularse completamente ante las naciones. Por eso estáis más obligados vosotros, como patriotas distinguidos y hombres de progreso, a contribuir con vuestros poderosos medios de acción a que los esfuerzos de la enseñanza no sean neutralizados por contrarias fuerzas; sino más bien favorecidos por la buena voluntad, o siquiera con la simpatía de los que a todas horas pregonan su amor a la verdad y a las luces y a todo linaje de progreso.

En cuanto a este colegio y a sus actuales profesores, a su programa de enseñanzas y al resultado que ya empieza a obtenerse, cada cual podrá pensar y decir lo que guste, y creo que serán escuchadas sus observaciones. Y en cuanto a los que sin razón alguna y sólo a impulsos y como instrumentos, aunque sin saberlo ellos mismos, de bastardas pasiones, han pretendido destruirnos, sólo diremos que no se tomen para ello, ni por ello, mayor pena: puesto que este año pasará tan breve como los anteriores, y con él cerraremos nuestros trabajos de enseñanza en este lugar.

Cartago, 6 de enero de 1873.

Anexión voluntaria, no intervención

Carta del Dr. Ferraz a propósito del ataque que el escritor colombiano V. R. D. hizo a E. J. R. por un artículo que éste publicó en *El Figaro* en setiembre de 1901. Gobernaba en Costa Rica don Rafael Iglesias. Los temores de Franklin relativos a la influencia del germanismo en EE. UU. no parecían entonces justificados. Los sucesos escandalosos de Panamá, México, Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala, etc., son todos posteriores a esa fecha.

Señor Director de EL HERALDO DE COSTA RICA

Señor:

Lo que se insinúa en «El Fígaro» a propósito de Mc. Kinley y su política expansiva, con visibles deseos de que la expansión se acerque por acá, podrá ser todo lo *monstruosa* que le parezca a su colaborador V. R. D.; pero, ante todo y por encima de todo, es una señal de los tiempos en nuestro desgraciado país.

Desgraciadamente, y acaso por culpa de todos, una serie, apenas interrumpida a ratos, de dictaduras casi perpetuas, o gobiernos de hecho, y tiranías más o menos mansas, pero al fin tiranías en el sentido clásico de la palabra, ha venido minando y destruyendo la República desde hace unos treinta años.

De ahí el fenómeno de psicología política, o social, que pareciendo una aberración del patriotismo, no es sino un patriotismo exaltado y un noble anhelo de vida honorable, laboriosa, decente.

¡Tenemos hambre y sed de justicia, señor, en nuestro país!

Y no es, por cierto, singular esta situación. Algo parecido sucede siempre y en todas partes donde políticos ineptos, que ni siquiera pueden llamarse ambiciosos, sino vividores al día, pierden el juicio y desatinan, hasta el punto de producir verdaderas crisis históricas y la disolución nacional.

Ejemplo de todo ello se ha visto muy recientemente, en Cuba y demás regiones perdidas por España, o sus torpes e infelices gobiernos, y ahora mismo puede verse también en la misma península, donde Cataluña tiende a una especie de suicidio, por no sufrir más torpezas de la inmoralidad política y del caciquismo inaguantable.

Y es que el gobierno y dirección de las naciones, *el imperio*, como dice un grave historiador antiguo, *siempre pasa del menos bueno (del inhábil) al mejor, quien quiera que sea (ad optimum quemque)*. Lo cual parece ley histórica, no tan sólo aplicable a una nación, sino al conjunto de todas ellas.

Porque en realidad de verdad, entre ser indignamente explotados, empobrecidos, embrutecidos y hasta asustados como niños, o vivir la vida del derecho siendo hombres libres bajo un régimen de justicia, con verdadera educación política y gozando en paz las conquistas del progreso humano en todas sus manifestaciones... no parece difícil la elección.

«Amor con hambre no dura», que dice, por otra parte, nuestro Sancho y *rey holgazán*,... ¡y qué mucho si los que todavía, para honra suya, tienen algo de Don Quijote, dejándose de fronteras, cada vez más estrechas, se creen ciudadanos del mundo y aspiran a ser honradamente administrados, gobernados legalmente, y no explotados sobre seguro por personajes de zarzuela!

Pocos hombres tendrán aquí el valor de decirlo, pero ya van siendo muchos los que piensan como el honrado escritor de «El Fígaro».

ECOS

de la más notable campaña pedagógica presenciada en el país, hace 16 años.—Fragmentos de los artículos del Dr. Ferraz en nuestros diarios.

Gocen, en buena hora, nuestros benditos pedagogos, del aprecio y admiración que los alientan en sus procedimientos docentes; conténtense con que algunos, mal educados a su parecer, envidien, por decirlo así, la buena educación que hoy se recibe bajo sus auspicios: pero, por Dios y por sus Santos, no se pongan en evidencia, hablando de lo que no entienden, para afirmar aquí, como verdades, todo lo contrario de lo que realmente pasa en los países civilizados, respecto a ciertas cuestiones de instrucción pública y de educación nacional.

Y no me parece creíble que en Costa Rica, dentro ni fuera de las Casas de Corrección, haya nadie tan atrevido y simple, que tome a este país por modelo en cosas de enseñanza; sino que, antes bien, usando de la prudencia más vulgar, quien quiera ver lo justo y razonable, a ese respecto, habrá de acudir a extraños procedimientos y a prácticas de otras naciones de mayor saber y experiencia.

Imagínese cuanto quiera el vulgo indocto, lo que importa saber ahora, y afirmár, es que todo profesor necesita haber adquirido con serios estudios preparatorios y sus prácticas respectivas, amplios conocimientos generales «fuera y por encima de su especialidad», como dice un insigne pedagogo, «y mayormente aquellos conoci-

mientos en que ha de fundarse y con que se ha de hacer posible la enseñanza de su especialidad».

En muchas cosas de la vida se improvisan los hombres, y donde menos se piensa salta el genio, y hasta el héroe, cual suele suceder en poesía, en oratoria, y sobre todo en los campos de batalla. Pero en el duro oficio de enseñar, no creo que haya improvisación posible.

—
¿Y diay! ¿por qué diantre se nos viene ahora encima este señor con su teoría metafísica de la república *in potentia* sin república *in actu*?... ¿Qué privilegio es ése de la república y todas las cosas públicas, para que no puedan aprenderse como todo lo demás, por el sistema racional y práctico de enseñanza objetiva? También es cosa convenida y de clavo pasado, que las costumbres se adquieren y perfeccionan, practicándolas.

Bien está esa deletérea doctrina, de la democracia inmadura, en boca de los *providenciales*, impuestos ayos y pastores de pueblos, que a ellos les conviene tener, como a niños eternos, en perpetua tutela; pero en maestros y y hombres libres, en hombres que se avergonzarían de no ser de su tiempo, en hombres tan echados para adelante... vamos, señores míos, digan ustedes que todo ello envuelve contradicción en la política pedagógica, la cual es hoy la que recomiendan los sociólogos en todas partes y que, con más razón que en ninguna otra, parece aplicable a nuestros países.

Pretender que éstos no practiquen la república, porque no saben todavía, es como no dejar andar solos a los niños, hasta que sepan hacerlo sin caerse, o como lo del mentecato aquél, que por haber sufrido una ahogadura, juró no echarse jamás al agua.... «hasta que supiera nadar».

—
Cierto es que toda educación que tiende a formar hombres, necesariamente ha de ser *humana y filosófica*, puesto que al hombre se dirige, y debe conocerlo de an-

temaño; puesto que, sobre todo, debe conocerse a sí misma y dar razón de su organismo y sus procedimientos. Pero con profundo sentido se ha calificado de humanas y filosóficas por excelencia estas enseñanzas, que, arrancando de los primeros elementos de toda cultura, sin concretarse a determinada Facultad que habilite para el ejercicio de una profesión particular, ensanchan, por decirlo así, el espíritu de la juventud, y preparan a ésta para cualquier estudio superior y para todas las carreras posibles, incluso la carrera de hombre, que no es en verdad la más fácil ni la de menos importancia.

Algunos han pensado, y creen muchos, que la Segunda Enseñanza sólo debe considerarse como un complemento de la Primaria, o, cuando más, como una preparación para *estudios mayores*. De ahí los *mancos*, diversos y contrapuestos sistemas de enseñanza que se han sucedido en varios países, y en uno mismo suelen disputarse la dirección intelectual de la juventud: unos enteramente *populares*, otros *clásicos* y enteramente universitarios. ¡Como si en un país bien organizado no hubiese más que ser, sino abogado, médico o farmacéutico; o fuera dable, por ventura, que todo un pueblo llegase al mismo grado de instrucción!

Hablando en contra de la coeducación:

—Pero bueno es oír esta palabra, para corrección y enmienda de aquellos que, inconscientemente, se hallan envueltos con ropa vieja y fuera de moda, cuando creen andar vestidos «a la dernière»... Y, en efecto, cuanto a cultura humana, no se sabe de cosa más antigua, patriarcal y venerable, que esa común educación de ambos sexos, en familia, bajo las tiendas errátiles de la sagrada Mesopotamia, y unos cuantos siglos más tarde la desnuda coeducación espartana, bajo las santas leyes de Licurgo.

—Data, pues, de cuatro mil años la patriarcal «coeducación», en tiempos de Abraham y sus hijos. La indi-

cada en Esparta, según el plan de estudios de su sabio legislador, tiene también más de veinticinco siglos de antigüedad, fecha bastante respetable.

*

...Pero dejémonos de filosofías, y convengan conmigo los que entienden de eso, en que el *Plan de Estudios*, planteado para este país en 1869 por el Licdo. don Jesús Jiménez, entonces Presidente de la República, es análogo, igual en lo posible, al que actualmente rige en los institutos de Segunda Enseñanza en Estados Unidos de Norte América. Y siendo la Gran República el país más utilitario y modernista del mundo, dicho se está que su sistema de enseñanza, y sus análogos en cualquier otro país, grande o pequeño, serán más modernos, más prácticos y más útiles a la República, que cuantos se aparten de su ejemplo, sean cualesquiera el nombre que usurpen y los aplausos que reciban del vulgo pedagógico y de los *poetas rípicos* de todos los mundos posibles.

*

Pero ay! amigo mío, como yo traía la verdad y la vida, y hasta señalaba el camino por donde pudiera llegarse a una democracia honrada, conciente de sus deberes, y derechos.... todo fueron duelos y quebrantos. Muy cierto y verdad es que no me azotaron; pero me han «quemado la sangre», puede usted creerlo.

Poco duró mi luna de miel con la enseñanza, señora de mis pensamientos, al amparo de un personaje ilustre que fué nuestro padrino. Porque en breve encontré serias dificultades; y luego después, las tiranías, más o menos disimuladas, que hace treinta años vienen comiéndose el país, estorbaron mi cooperación en la enseñanza y, abusando de mi desinterés, acabaron por arruinarme.... para que los hábiles vividores que sólo vienen a lucrar en estas tierras, me tuviesen por mueble inútil, digno de esconderse en cualquier trastera o sotabanco.

Por eso deseo hacer constar (siquiera a guisa de pro-

testa y defendiendo mi persona y la verdad, desconocida y ultrajada) que los inútiles para el bien, los débiles y desdichados, por no decir otra cosa, son muy otros que este buen viejo, por más fuertes y rozagantes que ellos se crean, cuando cantan sus imaginarios triunfos y victorias sin combate.

*

Resulta, pues, de esto último: que los modernistas de verdad no desdeñan lo clásico; y de todo mi articulejo se infiere: que aquel Colegio.... de quien puede hoy decirse

¡«Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!....»

era por su espíritu liberal y tendencias pedagógicas, más moderno que todo cuanto hoy existe en Costa Rica, tocante a instrucción pública.

*

Sea la instrucción primaria para todos y sea rigurosamente obligatoria, porque ella es como un sexto sentido en el hombre, sin el cual no hay ciudadano posible, ni verdadera democracia; y alcance también la secundaria a todo joven de disposición, bien deba seguir luego los estudios de la Universidad, o servir dignamente a su país desempeñando cargos públicos, o dedicado a otras nobles profesiones o al manejo de sus propios negocios.

Porque, en efecto, la Segunda Enseñanza, vista sin preocupación de escuela, no tiene de *secundaria* más que el nombre, si se quiere; no es complemento ni preparación de nada ni para nada en absoluto, por más que, como todo lo humano, por necesidad complete lo precedente y prepare lo sucesivo.—Es «una cultura gradual y armónica del espíritu humano», y tiene por lo tanto en sí misma su propio fin, aunque se halle íntimamente relacionada con grados más o menos superiores de la misma cultura, y confine por una u otra parte con determinadas explotaciones especiales del vastísimo campo que toda enseñanza cultiva.



Fundábase en tal concepto el carácter general de nuestro programa de estudios, donde habíamos procurado enlazar los que parecen auxiliares con mutuas relaciones, y armonizar en lo posible aun aquellos de más diversa índole, y que a primera vista parecen más ajenos uno de otro, y más discordantes entre sí.

*

Bien dice el sabio Mr. Laigel, en sus experiencias de *fotismo y audición coloreada*, que «se ve por los oídos», y aun parece que «se huele», así como, hasta cierto punto, también «se ve por las narices».

Oír un viejo amigo mío hablar de Sevilla, y oler y ver la madreSelva que se botaba a la calle por una tapia de jardinillo, demasiado alta, pero con reja bastante baja, todo era uno.

Otro mi amigo, valenciano él y envejecido en Madrid, tampoco podía oler claveles, sin la visión cerebral (*fotismo*) de cierta muchacha de la Huerta, que le había vendido un ramillete y dado, de adehala, una clavellina, en sus mocedades.

Y a mí que apenas puedo ver y oír cosa mayor, lo que me pasa en eso de psico-física trascendental, es que, en oyendo decir «humanidades», siéntome en unos tiempos y en un medio ambiente remotísimos, donde apenas he podido vivir jamás, si no es de pensamiento, en estudios que, de puro viejos, tengo ya completamente olvidados.

Porque el humanismo y los humanistas, y por tanto las humanidades y su estudio, tienen su lugar en la historia, su época bien determinada en la evolución pedagógica del mundo moderno. Así es que para enterarse de todas esas cosas, ya pasadas y secas, hay que retroceder hasta el siglo xv, tiempo de transición entre dos edades históricas, cuando se descubría un nuevo mundo material y renacía en espíritu el mundo antiguo y su cultura, la civilización de Grecia y Roma, el paganismo clásico.

Los Colones, Cortés, Balboa y Almagros de esa conquista espiritual, se llaman Ángelo Policiano y los Escalí-

geros; Hutten y Melanchthon; Budeo, Erasmo y Juan Luis Vives: gran *triumvirato* el de estos últimos, donde el francés era el más poderoso y el mejor helenista, el holandés el más sabio erudito, y el español el filósofo más original y el más elegante latino y reformador de toda enseñanza.

A lo clerical y divino de la escolástica, filosofía al servicio de la Iglesia (*ancilla theologiae*), sucede entonces la emancipación de lo humano, y empieza, por el estudio de las letras clásicas, la triple revolución que durante trescientos años prepara el florecimiento científico del siglo XIX.

Los ingleses, tan conservadores como progresistas, todavía dicen *humanism* por «literatura castiza y elegante», *humanist* por «literato y filósofo» y *the humanities* por «la gramática, retórica y poética, y lenguas griega y latina».

*

Repito que las intenciones deben de haber sido muy buenas en esta última evolución del asendereado Liceo de Costa Rica, dadas la honorabilidad y superior cultura de los actuales jefes y directores del ramo; pero todos debemos comprender, aun sin grandes conocimientos ni estudios técnicos en este asunto,—solamente auxiliados del buen sentido, a la luz de ideas generales ya vulgarizadas, y viviendo como vivimos en la atmósfera de nuestro tiempo,—que la progresiva ley económica de la división del trabajo, es tan aplicable y fecunda en las labores intelectuales, como en el ejercicio mecánico de las más modestas industrias.

Todas estas y aquellas son, en su tanto, cultivadas y ejercidas en embrión por el indio, inocente o bravo, en sus montañas. Allí uno mismo, acaso el más usado, es médico y es sacerdote, legislador, maestro y arquitecto de vara en tierra, astrónomo y poeta, y sastre en taparrabos.

Si del grupo salvaje pasamos a considerar los pueblos bárbaros, aún veremos que el jefe de la tribu ejerce todos los poderes: da la ley, la aplica y la ejecuta; el sacerdote lo sabe todo y enseña lo que importa, a la sombra del ta-

bernáculo; el guerrero lo es de todas armas, flecha, lanza y espingarda, de a pie y de a caballo, según puede.

Ya en sociedades civilizadas, apunta poco a poco, y luego se acentúa cada vez más, la división de fuerzas y actividades generadoras del progreso; si bien a los principios todo aparece torpe y complicado, como donde el «pedagogo» es único maestro y guía de su alumno, y cuando el «preceptor» es campanero y sacristán de la parroquia.....

Ahora bien, si Costa Rica ha hecho ya varias etapas en su marcha de civilización; si sus guías y pedagogos de oficio quisieran ser modernos, como parece justo, ¿por qué no los obliga a serlo de verdad; sino que les consiente quedarse rezagados en el primer descanso de cultura social, entreteniendo a quien les paga, con la eterna «canción del modernismo» y todavía en la arcaica promiscuidad docente?

No, señores profesionales y *dilettanti*, ya no es práctico ni posible aglomerar y confundir escuelas de diverso orden en un solo establecimiento, con un mismo profesorado y bajo una sola dirección, así como tampoco es serio ni viable en segunda enseñanza,—según ha podido verse en mi examen comparativo anterior,—juntar y comprender en cada curso las numerosas asignaturas que aglomera el Liceo, y que hasta en primera enseñanza formarían la confusión más trastornadora.

*

Y es tanto más extraña esa involución, involucración o embolismo de enseñanzas diversas,—para quien observa y comprende las señales del tiempo —cuanto que ahora, en la edad presente, según perentorias exigencias de la vida moderna, con el desarrollo de especialidades científicas, hasta las viejas academias y universidades conservadoras extienden a lo lejos su acción y forman escuelas especiales con vida propia y régimen autónomo.

Buena prueba de lo indicado nos ofrece la extensión universitaria, ya puesta en ejercicio activo, en Francia y en España, con éxito brillante. Y las Escuelas de Dere-

cho, Farmacia y demás profesiones, acaso prematuramente disgregadas—como ciertas repúblicas—del seno materno que desgarraron, también hacen constar el hecho, con la propia exageración del principio racional en el proceso de sus aplicaciones prácticas.

*

Lo que importa para un *feminismo* sano, decente y adaptable al país, es la enseñanza liberal, la verdadera educación física, intelectual y moral de la mujer, al igual del hombre.

*

Mas pareciendo aún poca cosa todo ello, a los llamados «pedagogos» que se han impuesto a este país, esos señores del cuaderno, o «encuadernados», suprimen en su «segunda enseñanza» los libros de texto y, en su modernismo de ilusión, se atreven a proclamar y decir—oficiando como pontífices—*a la ciudad y al orbe*, que el estudiar por libros es cosa antigua, ya en desuso y, sobre todo, muy ocasionada a pueriles equivocaciones, mayormente cuando uno es tonto *a teneris unguis*.

No menos que a los libros, temen y aborrecen la memoria, madre ésta de las musas, según los ingeniosos Griegos, y auxiliares aquéllos del saber, y padres de toda erudición y cultura, en lo antiguo y en lo moderno. Y en su desconocimiento notable de las ideas y las cosas de enseñanza, piensan dichos señores, o se han creído, sin pensar en nada,—que *libros* y *musas* son y significan algo de poco más o menos, como atiborrarse de pensamientos extraños o rimar propias soñaciones.

Pero lejos de tan ciega creencia y mezquino pensar, es preciso reconocer que toda ciencia, en sí misma y sus aplicaciones, por cuanto exige propia meditación, vida y movimiento internos—como un recuerdo y despertar de verdades adormecidas o secretas,—es obra de las musas, tanto como toda creación artística y toda plástica representación de bellezas ideales.

Asimismo debe comprenderse que, siendo la lectura

un despertador psicológico en todo racional, éste deja de ser pasivo cuando se unen y compenentran ambos pensamientos, el suyo y el del libro, y en cierto modo engendra, crea y produce ideas, como el propio autor que está leyendo y con quien comulga en espíritu.

Tener y ostentar simples opiniones, opuestas a lo que dejo dicho, a propósito de libros y musas, no sólo me parece que es apartarse demasiado del mejor sentir modernista, sino mostrar una estrechez de miras y una pobreza de espíritu de todo en todo incompatibles con la libertad de examen y pensamiento, de que tanto alardean esos señores del Liceo.

Porque, si bien se mira, toda enseñanza y todo aprendizaje vienen a ser *lectura* en alguno de los «diferentes libros que hay en el universo», según el Maestro Alejo Venegas, los cuales eran en su tiempo el libro *original*, el *natural*, el *racional* y el *revelado*, donde respectivamente se ha escrito acerca de Dios, de la naturaleza, de las costumbres y del culto religioso.

No hay para qué decir si, de puro vieja, ya corre algo descabalada esa Biblioteca pedagógica. Pero sean ahora más o menos seguras las direcciones del pensamiento, siempre tendrán razón los ingleses para llamar *lecture* a la lección de clase, con cualquier libro que usen, para decir *to lecture* por «explicar».

En cuanto a la «memoria», tan neciamente desdeñada por los «memorialistas de portal» en nuestros templos de enseñanza, baste acordarse de que por algo se designan con ese mismo nombre los trabajos más serios y de mayor importancia, sobre cualquier punto de ciencias puras o aplicadas, de artes y letras, y de todo ejercicio racional, desde las más altas disquisiciones filosóficas hasta los más prosaicos ramos de la administración en la más pequeña república.

Y es que sin memoria no hay raciocinio, no hay responsabilidad, no hay persona moral ni política: el desmemoriado es un imbécil, un idiota, un menor de por vida. Si su cultivo se abandona o se menosprecia, esa función intelec-

tual se debilita cada vez más, disminuye por falta de ejercicio, en vez de «aumentar con el estudio», según se ha dicho siempre; y acabando por atrofiarse el órgano de los recuerdos y la imaginación, que en cierto modo, como se dice, es un recuerdo de lo futuro en relación con el pasado, queda el hombre animal preso en el momento presente y sin vida posible para el entendimiento y la razón.

¿Es eso, acaso, lo que quieren los «carísimos» pedagogos a cuyas manos se ha encomendado el espíritu de la juventud en Costa Rica? Bien podrán ser otros sus deseos y muy buenas sus intenciones. Pero a ese resultado caminan, aunque así no lo entiendan. Sabido es que «el infierno está empedrado de buenas intenciones».

*

...Cosas ambas, libros y práctica, por igual necesarias para saber algo de algo, y que a nadie pueden hacer daño, tomadas en buenas proporciones.—En eso, como en todo, hay que concertar a Sancho Panza con su amo, o ser mentecato de una pieza.

Lo que yo no puedo comprender, ni acudiendo a mi larga práctica ni a mis regulares lecturas acerca del particular, es la razón del notable desequilibrio entre lo «técnico y de arte» y lo de «letras y científico», estando esto y aquello en relación de 22 a 6, cuando el sentido práctico y utilitario que parece caracterizar al Liceo, necesariamente exigía lo contrario, es decir, que lo técnico prevaleciera sobre todo.

Ni tampoco era necesaria esa «división de categorías», con olor de escolástica vieja; puesto que, si bien se mira, hoy por hoy, ya las letras tienen de ser científicas y las ciencias letradas, y unas y otras y todo estudio serio han de tener su parte de filosofía y conocimiento positivo, su técnica especial y su artística realización en la vida práctica.

Y este orden de estudio en todas las cosas, corresponde a un proceso mental y práctico al propio tiempo, sin que, desde el castellano hasta los mismos trabajos manuales, si estos merecieran la pena, deje de exigir toda ense-

ñanza conocimiento racional de algo, formal expresión y representación de algo, y viva realización técnica de algo según bello arte,—porque todo arte es bello a su modo.

*

Y no se diga que digreso, al rebasar del *Castellano* y poner atención en la *Historia* y otras asignaturas. Todas ellas están subordinadas al idioma nacional, en el organismo de que se trata; todas ellas son fuerzas convergentes, en un sistema que se aplica a la educación pública. Lo que de las mismas se dice en común, y en particular se mantiene de cualquiera de ellas, respecto a preparación pedagógica, es con mayor razón aplicable a nuestra lengua patria.

Porque ésta es instrumento vivo de análisis y alma que, penetrando íntimamente el todo orgánico, unifica sus diversas partes y lo mueve hacia el fin propuesto.

Siendo, pues, dicho fin, el libre desenvolvimiento del espíritu humano, en armonía de todas sus potencias y propiedades, y siendo intérprete la lengua (*interprete lingua*) de toda actividad racional, de todo movimiento espontáneo, de la vida psicológica por entero, es evidente que su perfección y dominio influyen, por modo absoluto, en el dominio y perfección de todo aprendizaje y de toda enseñanza.

Por eso es visto, que no hay educación liberal—según la pedagogía moderna—sin la cultura científica del idioma patrio, *ab integro et a fundamentis*, como dice un sabio profesor alemán, quien llega a sostener que «en un sistema de educación, *el idioma es la medida de todo*, como, en el sistema del mundo, afirma un filósofo griego que *el hombre es medida de todas las cosas*».

Por el idioma, en él y con él mismo, pensamos, adquirimos conocimientos, exponemos y comunicamos nuestros conocimientos. Y éstos serían de todo punto incompatibles, sin la íntima compenetración mental de los racionales entre sí, o de los racionales con las cosas. Estas mismas cosas, y todo objeto conocible y el mundo entero serán, en par-

te o totalmente, tanto mejor comprendidos, cuanto más rica sea la cultura intelectual y más se perfeccione el lenguaje, que es su condición necesaria, su órgano y su natural expresión.

*

..... Porque nuestra lengua es, como todas, un organismo vivo, un ser organizado con vida propia; pero en íntima relación con sus análogas y semejantes, dentro de un sistema general o familia de lenguas que son y se llaman latinas, o neo-latinas, o romances.—Y así, su estudio habrá de hacerse, como el de cualquier animal en su especie o raza, como el de una planta en su familia o género, como el de todo producto natural en su orden correspondiente; puesto que en la naturaleza, como en el espíritu, se da y realiza un organismo con vida propia a su modo, y puesto que la ciencia ha de corresponder a la realidad: si no es un sueño vano y engañosa ilusión de quien juega con la verdad.

Y no otra cosa entiendo yo que se está haciendo en el Liceo—sin que este mi entender quiera imponerse a nadie—con la primera y principal de sus asignaturas, cual es nuestro idioma patrio, el noble idioma castellano de que, todavía en muchos siglos, no podrán emanciparse estas naciones *latinas* de América, sin caer en torpe barbarie. Ni, particularmente, querrán aquí desestimarlos, cuando a su enseñanza se dedican tres profesores, o tres clases en ese Instituto.

*

Bien se me alcanza a mí, que la crítica, en ciencias y letras, no debe pararse, por punto general, en faltas de ortografía ni en ligeras incorrecciones de sintaxis, ni siquiera en novedades de vocabulario, cuando éstas dan indicio de oportunidad, o cuando resulta evidentemente necesaria la invención de palabras.

*

Dejemos su «ananke» (fatalidad, tormento y varias

otras cosas) a los desgraciados Helenos, y también a hombres y cosas grandes, y suframos pacientes las naturales consecuencias de nuestros errores, sin disculparlos en la fatalidad, lo imprevisto y demás palabras sin idea con que se llenan la boca los vacíos de entendimiento y faltos de voluntad.

No ha de negarse cierto determinismo en cosas de los racionales; pero quede a salvo la libertad humana y seamos siempre responsables de nuestras acciones todas, y aun de gran parte de las desgracias que nos sucedan.

Así como para surgir no hay que arrimarse a nadie, diga cuánto quiera el refrán, de sombras y árboles—, así tampoco hemos de echar el muerto de nuestras culpas a nada extraño a nosotros mismos, llámese como quieran los sabios griegos, o los vulgares desocupados.

LA UNIVERSIDAD

Trozos del folleto "Proceso del Modernismo Pedagógico en Costa Rica", primer semestre de 1905, por el Dr. Ferraz

... ¿Qué hay que hacer, pues, en las circunstancias presentes, sin pérdida de tiempo, sin vacilaciones, sin considerar enojos pueriles?—Restablecer la Universidad de Costa Rica con los elementos docentes del país, y ella será el verdadero Consejo de Instrucción Pública, y hasta un *Concejo de la República* para administrar y regir conscientemente todo cuanto se refiere a la educación nacional.

Ella verá, de cierto, la ampliación y mejoras que requieren las escuelas primarias, y los estudios que han de preparar para las escuelas profesionales, así como también aquellos que principalmente forman al ciudadano conocedor de sus derechos y sus deberes. A ella y sólo a ella corresponde la sagrada misión de educar a la juventud, para que haya republicanos y sea posible aquí una república de verdad.

Lo demás sería, pura y simplemente, seguir entregados, y entregando tamaños intereses, en manos atrevidas de pedagogos de afición, sin dotes científicas ni cultura moral que autoricen de ningún modo la suficiencia que se arrogan, ni en manera alguna disculpen sus necias pretensiones.

Si antes no tuvo la Universidad el carácter de centro técnico de la enseñanza en Costa Rica, fuesen cualesquiera las causas de su ineficacia para la educación nacional, por cierto que debió reformarse; nunca suprimirse para dar ocasión a la serie lamentable de errores que aquí se han cometido en el ramo de instrucción pública.

Y lo más curioso de semejantes errores, aunque también parece lo más lógico, es que los vienen cometiendo personas de talento. Los imbéciles jamás se equivocan, ni tropiezan tampoco los tullidos.

Pero también a lo pequeño y vulgar se aplica de continuo la sentencia trágica de que «un dios hace desatinar a quienes quiere perder». Sólo que si del hombre es errar, del prudente es reconocer su error: la razón humana siempre se ha comparado a la lanza de Aquiles, que podía curar las heridas que hacía.

Por eso puede hoy mismo anunciarse, oficiando de profeta fácil, que mañana quedará en principio, si no de hecho, restablecida la «Universidad de Costa Rica», con el voto y sincera aprobación de todo buen patriota, de todo hombre de su tiempo, en cuenta aquellos mismos que, en otra época y muy distintas circunstancias, se jactaron de haberla muerto y enterrado.

Porque ya no hay argumentación posible contra esa Junta permanente de Notables en su esfera y en todas las manifestaciones sociales.

*

La Universidad Nacional traería en breve a este país una restauración de los estudios serios, que el «modernismo pedagógico» ha degradado, convirtiéndolo—como evidentemente ha convertido—la enseñanza elemental de artes y ciencias en superficiales nociones de instrucción primaria, y *puerilizando*, por decirlo así, las inteligencias juveniles, en vez de educarlas para la vida fuerte del ciudadano en una democracia moderna.

Porque ese centro técnico para el magisterio de la República, necesariamente habría de agrupar las inteligencias más cultivadas en los distintos ramos del saber; y tan varia asociación de energías mentales, convergentes al noble fin común de la educación nacional, no podría menos de producir mejor efecto que los simples tanteos, y como experimentos *in anima vili*, de los empíricos y curanderos en cuyas manos ha caído la enseñanza.

Que éstos se opongan a un restablecimiento universitario, que en la actualidad fuese una verdadera creación en armonía con las necesidades modernas, se comprende perfectamente en vista de sus viejas rutinas, si son *letrados*, y habida consideración a sus impertinencias, si son *pedagogos*. Nadie abdica resignado sus privilegios, por más absurdos que ellos sean. Y algo así resulta en el caso de que se trata, en estos días, por diferentes facultades sin universidad, o dígasé desperdigadas.

*

.... Porque si ha de haber Universidad, habrá de ser una escuela moderna en su clase, un instituto eminentemente científico, para cultivar la ciencia pura y sus aplicaciones prácticas, lo abstracto en sus más altas idealidades, y lo más concreto y aplicado a la vida real en una sociedad moderna que aspira al progreso humano en todas sus manifestaciones.

Inútiles resultan todas nuestras voces en favor del progreso, si como hasta ahora viene aconteciendo se queda todo ello en palabras, siendo *liberales pro fórmula*, y ultraconservadores de hecho, y en efecto retrógrados de corazón.

Déjense, pues, de hipocresías, con que sólo podrán embromar a los mentecatos, y entren de lleno en la vida moderna sin «modernismo de ilusión», y como verdaderos patriotas que, por lo mismo que han envejecido respetados, aman sinceramente la juventud y, si es preciso, saben postergar sus intereses personales a los de esa misma juventud, que son los más caros intereses de la patria.

*

....Y lo primero habría de ser, lógica e históricamente considerado, fundar la Universidad Nacional, sin miedo a esa reunión de fuerzas intelectuales,—miedo propio de tiranos, más o menos estúpidos, y nunca de hombres libres y honrados gobernantes.

Mucho se equivocan, a mi parecer, aquellos rutinarios que sospechan de esa agrupación de hombres de ciencia, de verdaderos profesores y profesionales, aunque no se jacten de títulos que tantas veces resultan vanas fórmulas, antiguallas de otras edades.

Las verdaderas enseñanzas en la Universidad moderna, no tienden a formar doctores, ni licenciados, ni siquiera bachilleres; cultivan libremente el saber, *los saberes*—que dijo, hace tanto tiempo, Alfonso X de España, llamado el Sabio. Cultivan la tierra más fecunda y explotan la mina que jamás se niega: la mente humana, la razón que es lo más humano y lo más divino en el hombre.

La llamada educación de la voluntad, sin alta cultura filosófica, sin moral cristiana, sin bellas letras para recrear el espíritu, no pasa de ser un embrutecimiento sistemático, dirigido por pedantes llenos de vanas pretensiones. Sus resultados no los verá quien ande por las calles sin ver las cosas; los que tenemos buen sentido práctico, sin mayor saber ni distinguida ilustración, no podemos dejar de verlos, por miopes que se nos quiera suponer.

Y el remedio de la perversión que aquí se ha querido hacer pasar por enseñanza y cultura moderna no puede hallarse en otra parte que en una Escuela Superior de Ciencias y Letras, que se llama Universidad. ¿Quién no quiere ese remedio? Los tímidos y los ignorantes, que se asustan de una juventud liberalmente educada.

*

¡Qué no sería ya la educación de esta República, concentrada su dirección técnica en una Universidad nacional, con todo elemento útil que naturalmente habría de agregarse, de seguro traído al país por las becas que el Estado costea en el extranjero!

Porque ese es, precisamente, el carácter distintivo de las universidades, tanto modernas como antiguas: representar y dirigir la educación y cultura patrias, ya por sí solas sin intervención del Estado, como toda luz que alumbra puesta en alto, ya fomentadas y favorecidas por generosos particulares y por gobiernos o gobernantes sabios que, lejos de matarlas y enterrarlas con jactancia inaudita, les comunican mayor vitalidad con nuevos recursos, y multiplican sus nobles energías para realizar sus fines civilizadores.

Tales son en su propia esfera, y con sus apariencias de antigüedad, las autónomas universidades, o como repúblicas universitarias, de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos: ellas solas o ellas principalmente, resumen y representan el cerebro, la intelectualidad, la energía pensante y activa de esos pueblos educados o que se dejan educar.

Tales son, asimismo, pero con menos libertad, si bien con efectos más rápidos, las modernas Universidades del tipo francés y subordinadas al Estado, como la de París, siempre napoleónica y centralista, y todas las modernas españolas, cada una de las cuales forma un Distrito universitario, de cuyo Rector dependen cuatro, seis u ocho Institutos de Segunda Enseñanza y otras tantas más Escuelas Normales, con todas las primarias, elementales, medias y superiores, y los demás establecimientos de instrucción oficial, cuya dirección técnica corresponde a la Universidad.

Vida de entonces y de hoy

Carta de hace 4 años

Señor Director de LA INFORMACIÓN.

Muy señor mío y amigo:

Acabo de ver, en su edición del martes último, algo de lo que hablamos el lunes sobre que el domingo 15 de agosto se cumplieron 46 años de mi llegada a esta capital, de paso para Cartago donde habría de dirigir un Colegio.

Muchas gracias tengo que dar a usted, ante todo, por

su benevolencia conmigo; y después he de manifestarle que su pregunta—«si era mejor la vida entonces, o mejor hoy»—se presta según creo, a doble contestación, conforme al sentido en que haya de tomarse «la vida», y «el bien vivir» quiera significar.

Y aunque parezca exceso de «circunspección», o escepticismo, entiendo que ambas y contrarias soluciones del problema son igualmente defendibles—la que prefiera «lo de entonces», y la contraria que, en buen debate, defienda «lo de hoy». Por más razones que se aleguen en este sentido, siempre abundan en contra.

¿Quién podrá callar al hábil y convencido defensor de lo pasado y su vida, más conforme que la presente a lo natural—según doctrinas estoicas—y, según espíritu cristiano, más conforme con lo divino y permanente, y por lo tanto más trascendental—de ahora y siempre—en la vida entera y completa?

¿Ni quién, del otro lado, argumentará bastante fuerte para convencer al entusiasta «progresista» que vive, a su parecer, en el mejor de los mundos posibles, con todo y las dificultades de esta complicada «vida moderna», con todo y las múltiples aplicaciones de la «ciencia moderna»?...

Pero lo cierto y verdad es, que de uno y otro lado se lucha en la superficie de las cosas, discuriendo sobre lo que aparece a la simple vista; en tanto que, si se penetrán ambas situaciones, gravísimos defectos deterioran lo antiguo, a pesar de sus decantadas virtudes, y éstas se ofrecen asimismo entre los mayores vicios modernos.

Y en verdad que si a vicios vamos, no faltaron «entonces» entre aquella vida sencilla y patriarcal—donde un pelo de la barba valía por pagaré con fiador y testigos, como legítima hipoteca—y fechorías tan feas como las de ahora; raptos y robos, secuestro de personas y crímenes de sangre. Sólo que no había Prensa vocinglera...

Este nuevo elemento de «ahora»—escandaloso a veces y hasta desmandado—a la larga resulta moralizador, matando la hipocresía y metiendo el dedo en las llagas modernas, si no para sanarlas, para que las cure quien pueda: y eso, sin

gritos de guerra ni ponderaciones de oficio en ninguna «campana moralizadora».

Así que en punto a moralidad y decencia, no sé yo a qué carta quedarme, entre aquellas y estas costumbres—las de «hoy» y las de «entonces». Bien está, y aun poética se me figura, en cierto modo, la «garantía del pelo»; pero hasta con ocasión de fiestas religiosas, cuenta la historia interna del país hechos nada edificantes.

No me seduce, pues, ni entusiasmo, el concepto moral de «entonces», ni puedo avenirme con aquello del célebre poeta... que «Cualquiera tiempo pasado—Fué mejor»; puesto que, «contemplando» la realidad viviente de lo que ha pasado y pasa y pasará, todo viene a ser igual y lo mismo «mirado de alto abajo» y de dentro a fuera.

Nada más deplorable y pecaminoso, para ciertos místicos o ascetas—elogiadores de «cualquiera tiempo pasado»—que la maldecida sed de oro de nuestros becerros del «tanto por ciento»; y a este propósito conviene recordar, no ya lo de ahora medio siglo, sino aquello que, desde el siglo XIV, dijo cantando el Arcipreste de Hita:

«Sy tovyeres dyneros, avrás consolación,
Plazeres e alegría, e del papa ración,
Comprará parayso, ganará salvación:
Do son muchos dineros, es mucha bendición».

Tan duro azota el gran poeta—por boca de «Don Amor»—la simonta de «entonces», con fuerte desenfado que «hoy» sería imposible, por fuera de tiempo, en quien no fuese un libertario en función de necio impertinente...

Y volviendo aquí a lo de ahora, cuanto a progreso intelectual, después de «treinta años de educación moderna», no veo que hayan surgido del montón muchos hombres, públicos ni privados, comparables a los que yo encontré dirigiendo las cosas de Costa Rica, ni menos para medir sus capacidades con las de aquellos que, doblemente más antiguos, hicieron su República.

Más me animo a decir, aunque sea como predicar en desierto, y es que la moderna y libre mentalidad costarricense no ha producido un hombre laico del siglo, que valga lo que el

colonial fraile Goicoechea, cuyo retrato tengo a la vista y de quien dice su pintor:

«Ecce Cartesius nostras, nostrasque Quevedus».

(Hé aquí nuestro Descartes y nuestro Quevedo, por ser gran escritor, filósofo y teólogo.... en tan oscuras «remotidades»).

Con todo eso, no hay que desanimarse ni atenerse a lo viejo, sino mejorar lo presente adelantando cada día más, en estudios y ejercicios serios, fortaleciendo el cuerpo y el espíritu con lectura y trabajo. Para éste nunca falta campo, aun sin contar con los deportes de uso corriente; para aquella tampoco faltan bibliotecas y librerías...

Y ahora vuelvo a decidirme por lo moderno, menos en lo de condenar la llamada «instrucción libresca», por mi sabio amigo don Francisco Giner, educacionista y pensador, cuya frase tomada al pie de la letra—como hubo de hacerse aquí—resulta enorme desatino y produce la «instrucción cuaternaria», epidémica y sin consecuencias positivas.

Va para medio siglo, y concluyo, que sólo había en esta capital sin parques ni jardines una pobre librería de Molina, hombre ilustrado, autor de buenos almanaques, y otra incompleta, del ilustre hombre público señor Carranza. Hoy tienen los estudiosos cuatro librerías de primera y varias de segunda y tercera clase, y puestos de libros viejos, raros y curiosos.

Abundan, por consiguiente, medios de cultura y escuelas auxiliares para nuestra joven intelectualidad. Si ésta prefiere dedicarse a escribir más que a leer, ¿qué hemos de hacerle?... De mí, sé decir que, hoy como ayer, dedico a la lectura el tiempo libre de mis obligaciones: y después de todo, estoy, naturalmente, por lo nuevo y bueno, sin dejarme atropellar de ciertas «novedades» y novelerías de noveleros.

a. s. s.

V. AL. F. FERRAZ,

San José, 1—IV—19.

Sr. Director de la Revista Eos.

Querido amigo: Tengo que ampliar algo de lo que decíamos ayer sobre el primero y principal elemento en punto a enseñanza y educación públicas. Bien se me alcanza que para todo observador de cosas y personas, importa sobremanera el lugar donde se coloca: lo que ve de cerca suele determinarlo, quitarle dudas y darle afirmaciones.

Si es político y «estatista» —¿por qué no han de pensar también ellos?—, todo lo ve colgado del Ministerio, como de la voluntad de Dios, mayormente si no cree en la divina providencia.... ¡Que bien puede suceder!, porque su Providencia única es el Gobierno, y éste el primer agente pedagógico de la República: de donde la «política pedagógica» y sus resultados.

Si, más puesto en razón, mira el asunto de otros lados, bien podrá tener por elemento principal el medio ambiente, la familia, el maestro y su escuela, o el alumno y sus naturales aptitudes: el educando que, a mi parecer, es quien prevalece y prima en su propia cultura. Puede ser malo el gobierno, pongo por caso—y no es caso raro en parte alguna del mundo—;

mal pergeñada puede estar la familia y andar la sociedad manga por hombro y entorpecida la escuela—a punta de útiles inútiles y astrologías que se pierden de vista—y los maestros distraídos, pensando en zafarse de semejante servidumbre,... y, con todo eso, el buen alumno, el jovencito propiamente educable y «autodidactos», si pre-

ciso fuere, se sale con la suya, hecho en breve, hombre de cuenta.

¡Que el buen maestro hace la escuela! Ciertamente parece, mas precisa que haya de qué hacerla y cómo sea posible hacerla, sin someterse a planes y programas ajenos a la ciencia y prácticas humanas: éstas, como ya he sostenido con razones y apoyado en autoridad de Horacio Mann y de William Channing, sólo han de orientarse y dirigirse al hombre mismo y su naturaleza racional.

De modo, amigo mío y compañero en estas «diatribas pedagógicas»—ahora que está de moda el griego—, convengamos en que hasta el buen maestro, bueno por valeroso y cumplidor de su deber, a falta de alumnos capaces puede hacerse discípulo de sí mismo y aprender muchas cosas útiles del ambiente inútil.

Y también tenemos, finalmente, que así como el maestro bueno se hace buen estudiante y halla en eso mucho que aprender, asimismo el estudiante de nacimiento siempre adelanta de por sí, con sus propias fuerzas se abre paso en medio de las mayores dificultades; llega a saber tanto y más que le hayan enseñado sus mejores maestros, y, siéndolo de sí mismo, se gobierna libre dentro de toda clase de tirantas.

Suyo afectísimo,

VAL. F. FERRAZ

Al formular la liga de las naciones... es desechado el principio de las nacionalidades.

Frente al Estado más débil de América, Francia y sus aliados se someten al Presidente de los Estados Unidos.

EL CASO DE COSTA RICA

Fragmento del Mensaje del Presidente de la República al Congreso Constitucional, el 1.º de mayo de 1919.

....Tócanos en suerte contemplar, pues, cómo en los crisoles de la paz se funden ahora en activa combustión los ideales y aspiraciones que en largos siglos de lucha fecunda acumularon pueblos y hombres, como acervo común para construir alguna vez los moldes verdaderos del bienestar en la tierra.

EN ESA TAREA QUE VIRTUALMENTE TIENE QUE SER UNIVERSAL Y QUE DEBE CUMPLIRSE CON SUPREMA ELEVACIÓN DE MIRAS por todos los asociados de la civilización, ha estado dispuesta a cooperar Costa Rica en la parte que le corresponde; pero su legítima representación oficial no ha tenido acceso a las deliberaciones en que unas veces su carácter de beligerante y otras su simple calidad de Estado constituido, le daban pleno derecho a participar, en igualdad de condiciones con los demás países que, por haber tomado bandera en la guerra como lo hizo esta República o por poseer como nosotros los títulos adecuados, tuvieron franca entrada a las sesiones plenas de la Conferencia de Paz o a las de la constitución de la Liga de las Naciones.

A raíz del armisticio de 11 de noviembre próximo pasado, que suspendió las hostilidades entre la Entente y Alemania, convinieron los Gobiernos de las grandes potencias en que para dar participación total o parcial a otros Gobiernos en los arreglos diplomáticos preliminares de paz, era necesario que estos Gobiernos obtuvieran para ese efecto unanimidad de votos de los Representantes de Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y los Estados Unidos de América; y ocurrió que al tratarse entre ellos de la incorporación de Costa Rica a las tareas de la augusta Asamblea, negónos enfáticamente su voto el señor Presidente Wilson, de los Estados Unidos de América. Igualmente el señor Wilson promovió y ha mantenido en el seno de la Comisión Organizadora de la Liga de las Naciones, la exclusión de Costa Rica de las labores preparatorias de esa nueva institución internacional.

Para subsanar tan notoria injusticia se hallan en curso importantes gestiones de nuestra Cancillería y de los Ministros Plenipotenciarios de la República en Europa, por cuyo motivo me abstengo de entrar en comentarios de ninguna especie acerca de este asunto.

Debo anticipar tan sólo que si las negociaciones entabladas no obtienen el desenlace que las reglas de la equidad y nuestros derechos indiscutibles hacen prever, el Gobierno ha estudiado las determinaciones que pueden adoptarse respecto al estado de guerra existente entre Costa Rica y Alemania, para, si fuere del caso, restablecer separadamente las relaciones con el enemigo.

De todo

Si en el siglo XIX, tendiendo la mirada hacia Inglaterra o hacia la patria de Franklin, pudo parecerme la anexión el medio más sencillo y seguro de mejorar, hoy..... solamente un camino se ofrece a mi juicio: el camino largo: el de la salvación por un esfuerzo verdaderamente nacional. Hay que resolverse a ello. Empeñémonos sinceramente, cada uno en su casa, en fortalecer en el bien a los niños que se levantan, y confiemos en el porvenir. De suyo se muestran ya mejores que nosotros esos niños: más limpios, más veraces, menos inclinados al alcoholismo, menos lujuriosos, o lujuriosos en una forma más normal. Tal observación debe confortarnos a todos y disipar el negro pesimismo. Pensemos en nuestras culpas y pensemos en los derechos de nuestros niños. Cuéstenos lo que nos costare, salvoguardemos su libertad. No descuidemos su instrucción positiva: *“la justicia en la inteligencia es la justicia en el corazón”*.

Hoy no cabe hablar de anexiones honrosas. Inglaterra, Francia, no existen para nosotros. Los Estados Unidos gloriosos y sin mancha, ya pasaron. Un tirano puede hoy mantenerse 21 años en el trono con el asentimiento explícito de los herederos de Washington. Ninguna nación grande acepta ya — ni en teoría — anexiones propiamente dichas, de Estados de una raza que no estima.

Si en una hora de desconsuelo nos asaltare la idea de recurrir a una intervención de extraños, curémonos poniendo la esperanza en los chiquillos que alegran nuestras casas y meditando en la situación de los vecinos de Panamá y Nicaragua.

Trasmitamos a nuestros hijos una patria autónoma, aunque la imaginemos triste y miserable: ellos encontrarán remedio a los males que nosotros no hemos sabido evitar. Por salvar el presente, no comprometamos el porvenir.

El principio liberal individualista según el cual los derechos de cada uno no tienen más limitación que los derechos de los demás, se denomina *principio de las nacionalidades* cuando se aplica a las naciones. Opuesto a este principio está el autoritario, según el cual «las leyes y el derecho no tienen otro origen que el mandato de las autoridades, las autoridades están siempre por encima del derecho y son autoridades las personas que tienen el poder de imponer su voluntad a las demás.— Quien manda, manda, y cartucho en el cañón».

Durante la guerra, los grandes estadistas, profesores y escritores de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos han proclamado altamente la bondad del principio de las nacionalidades, sin restricciones, como expresión de la justicia. Vislumbrada la victoria, el tono de los voceros ha bajado de golpe: «Todos estamos convencidos, sin necesidad de reflexiones profundas, de que la doctrina de las nacionalidades debe respetarse entre países civilizados y no debe ser respetada por los países civilizados al tratar con los bárbaros». «El derecho debe fundarse en las realidades y en los ideales de la civilización, es decir, en la materia, en la substancia, y no en ninguna clase de principios meramente formales». (El autor famoso que estoy citando figura en la vanguardia de los «espiritualistas»). «Por civilización entiendo la conservación y el acrecentamiento de los valores culturales». «Toda sociedad humana que no contribuya a la conservación y acrecentamiento de los valores culturales, o que destruya más de los que construya, ES ILEGÍTIMA Y DEBE SER DESTRUIDA». (El autor fué uno de los más notables adversarios de Alema-

nia. Su nombre figura al pie de muchas hermosas páginas reproducidas en esta revista).

.... ¿Pero cómo pueden ser medidos los valores culturales?, se preguntará aterrado el lector juicioso. ¿Habrà doctrina más peligrosa? ¿Qué tal si se aplicara dentro de una nación, de individuo a individuo? ¿Y eso escribe el comentarista del Sermón de la Montaña que se alzó en buena hora contra los pastores alemanes?

¡Oh tiempos!

¡Ya pasarán! No hay que desesperarse. El hecho de que el principio de las nacionalidades sea aceptado como base de orden y paz en la sociedad de las naciones civilizadas, digo PODEROSAS, es ya algo. Llegará el día en que sea aceptado sinceramente, sin hipocresías, y la liga entre todos los pueblos sea formulada en términos precisos y liberales.

*

¿Qué diríamos los costarricenses si algún medidor de valores culturales, aplicando su criterio personal a Centro América, declarara que Nicaragua y Panamá son naciones civilizadas, y Costa Rica nación bárbara? ¿Qué, si se nos colocara bajo la tutela de uno de estos vecinos o de ambos?

*

¿Injusticia? ¿Amedrentamiento? En todo caso, actitud mezquina:

El señor Presidente de Francia, en su discurso de apertura de la Conferencia de la Paz, el 18 de enero último, obligado a hacer la nominación de los Estados amigos, omite el nombre de Costa Rica.

Un año antes, este nombre fué sin embargo pronunciado claramente por el señor Ministro de Relaciones Exteriores, Stephen Pichon, en el Gran Anfiteatro de la Sorbona. (V. Eos, t. VI, pág. 72).

*

¡Habrà sonado la hora de encender el faro de la razón y de la moral sobre nuestras tempestades políticas, y formular el nuevo símbolo social que el mundo comienza a presentir!... ¡Que el Cielo suscite hombres, porque nuestra política oprobia al hombre, y hace llorar a los ángeles!—*La-martine*.

*

Sr. don Elías Jiménez Rojas.

Un grupo de estimables damas de esta capital, obedientes al mandato superior de la Iglesia, se han dado a la tarea de recolectar fondos para la construcción del «Palacio Pontificio». Sumas considerables se han logrado reunir, ya como resultado de las «ferias», o como producto de la insistente súplica de puerta en puerta.

Yo pregunto: ¿Es acaso justo que nos sacrifiquemos en esta época difícil para el país, para allegar fondos que se emplearán en la construcción de un palacio que sirva de alojamiento a un solo individuo, mientras existen en los alrededores de la capital cientos de miserables que viven en verdaderas pocilgas, contraviniendo todas las leyes de la higiene? ¿Vivirá tranquilo en su suntuosa mansión ese «representante de Cristo» sabiendo que hay tanto menesteroso sin albergue, que hay hambre en los asilos de beneficencia, que los huérfanos, los tuberculosos del Sanatorio Carit, los inválidos del «Asilo de Pobres» sufren las necesidades más apremiantes?

¿Pueden considerarse como representantes de Aquel que predicó la humildad con la palabra y el ejemplo, que nació en un pesebre, que calzó sandalias y que nunca necesitó del albergue de los palacios, estos otros que predicán en templos suntuosos y obligan a un pueblo anémico, sangrado en todos sentidos, a construir a sus expensas, una rica mansión en donde la ociosidad goce libremente de sus placeres?

¿No cree Ud. que ya es tiempo de que los hombres de buena voluntad se unan y se empeñen en cortar estos abusos? ¿Que la prensa independiente está obligada a descorder el velo que cubre a este pueblo ignorante, sumiso a todas las sumisiones, explotado en toda forma?

¿La tolerancia en este caso, no es sinónimo de inercia, de criminal pasividad?

Muy respetuosamente se suscribe su att.º s. s.

D. J.

—Ya hablaremos.

✻

Sr. don Elías Jiménez Rojas.

Juzga Ud. en uno de los párrafos de sus consideraciones intitoladas «De Todo» que las matemáticas y el griego son las dos asignaturas más importantes en un instituto de segunda enseñanza. Cuanto a la primera de ellas no tengo nada que comentar: su importancia como verdadera disciplina del espíritu y su constante aplicación hasta en los menores detalles de la vida, la hacen digna de ocupar el primer lugar en un plan de enseñanza. Y en segundo lugar, pero siempre primero que el griego, o por mejor decir, en el mismo que las matemáticas, ¿no cree Ud. que vendría la lógica, esa materia que miramos en menos y que tanta falta hace a nuestros hombres así los de arriba como los de abajo?

Su opinión me complacerá mucho.

Afectísimo servidor,

A. A. M.

—En el cuaderno N.º 1 de Eos, página 32, dije: «Hay modos de pensar y de razonar que son comunes a todas las personas sanas. La lógica estudia estos modos, investiga las leyes del razonamiento, y es así quizás la más importante de las ciencias».

Lo cual muestra la importancia que a mi parecer tiene la lógica. No puede ella enseñar a razonar bien a quien de suyo no sea racional; no hay ciencia que baste a cambiar en buena una cabeza mala; pero sí puede la lógica enseñarle al bien capacitado, a distinguir del falso el buen razonamiento.

Y esto es enorme. La posesión efectiva de la lógica significa a la vez ciencia y salud y es mil veces más valiosa que cualquier otra posesión. Hoy por hoy, sin embargo, significa más salud que ciencia. La lógica, en efecto, está apenas en vía de vagos esbozos, sin que haya acuerdo entre sus cultivadores.

Por tanto, no cabe asignarle ningún primer puesto entre los ejercicios de segunda enseñanza.

Además, lógica sin palabras bien definidas es un contrasentido.

Nadie debe emprender el estudio de la lógica si no conoce bien su lengua. Y ahí tiene Ud. una de las muchas razones por las cuales sostengo que el estudio de las raíces griegas es de inestimable valor en los colegios. (V. Eos, tomo, V, pág. 242.)

La adquisición memorativa, casi diría mecánica, de las lenguas y de las matemáticas es muy difícil a partir de cierta edad. Por lo mismo, débese prestarle preferente atención en la infancia y en la juventud. Todo lo demás puede ser hecho —y hecho muchísimo mejor— en los años de madurez.

Lenguas y matemáticas —no me canso de repetirlo—, a esto debe reducirse y de hecho se reduce todo el aprendizaje en las escuelas de 1.ª y 2.ª enseñanza bien organizadas,

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS